



Universidad
Nacional
de Rosario

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

Melancolía: ¿el reverso del discurso capitalista?

Modalidad de presentación: Ensayo

Autora: Ciganda, Jessica Sofía

Legajo: C-5671/6

DNI: 40307304

Graduado responsable: Ferrero, Mariano

2025

Agradecimientos

A la Facultad Pública, por brindarme estos años de formación y crecimiento personal.

A mi familia, por haberme dado la posibilidad de estudiar lejos de casa y haber confiado en mí.

A mis amigas de toda la vida y a las que conocí en este camino, por ser sostén, por su apoyo y confianza en mí, por sus palabras de aliento.

A Tomi, por ser un gran compañero, por los cafés antes de rendir, por su apoyo y su escucha, por su amor que motoriza.

A mi analista, Alicia Audicio, por su escucha y por acompañarme a concluir este trayecto.

A mi docente responsable, Mariano Ferrero, por su ayuda, acompañamiento y guía en las lecturas.

A mi docente del espacio de escritura, Juan Cammardella, por su paciencia, sus correcciones y sugerencias en el proceso.

Índice

Resumen.....	3
Palabras clave.....	3
Introducción.....	4
Desarrollo.....	6
Acerca de la melancolía y su relación con la pérdida.....	6
Efectos subjetivos de la declinación del Nombre del Padre como producto del Discurso Capitalista.....	10
El cruce de la melancolía y el discurso capitalista en la clínica psicoanalítica: la transferencia analítica como salida posible.....	13
Reflexiones finales.....	16
Referencias bibliográficas.....	19

Resumen

El presente ensayo aborda la relación entre la melancolía y el discurso capitalista en la clínica psicoanalítica. A partir de una pregunta que considera si la melancolía puede ser el reverso de lo que promueve el discurso capitalista, el TIF aborda los efectos del rechazo a esa lógica. Para ello, se toman los aportes de Freud, Lacan y Soria sobre los conceptos del narcisismo, del ideal del yo, del modelo pulsional, del objeto a y de la operación de inexistencia del Nombre del Padre, para plantear que en la melancolía hay una dificultad para tramitar la pérdida como falta. De este modo, aseveramos que el discurso capitalista presenta la ilusión de colmar dicha falta, a partir del consumo y la venta de antidepresivos. Sin embargo, su finalidad radica en conducir a estos sujetos a su circuito imparable de productividad. El sujeto melancólico responde a esa lógica a través de sus síntomas, aunque de manera fallida. Frente a esta problemática, situamos a la clínica psicoanalítica como el lugar de cruce entre ambas categorías y como una salida posible a la lógica capitalista a través del establecimiento del lazo transferencial, del deseo del analista y su ética, que se presentan como un límite al empuje al goce. Si bien se sostiene la premisa de este ensayo que postula que la melancolía está atravesada por el discurso capitalista en la clínica psicoanalítica, se concluye que el modo de respuesta melancólica es singular y estará atravesada por la historia de cada sujeto.

Palabras clave: melancolía – discurso capitalista – transferencia – psicoanálisis – pérdida.

Introducción

El presente ensayo abordará la relación entre la melancolía y el discurso capitalista teniendo como horizonte la clínica psicoanalítica. En cuanto a la melancolía, Freud en el "Manuscrito G" (1992a) plantea que esta consistiría en "el duelo por la pérdida de la libido" (p. 240). En dicho texto, el autor también se pregunta por los efectos de la melancolía, y la describe como una "inhibición psíquica con empobrecimiento pulsional, y dolor por ello" (p. 244). Posteriormente en "Duelo y Melancolía" (1993a), Freud explica el tema de la inhibición, afirmando que la pérdida desconocida en el caso de la melancolía, en contraposición al duelo, tendrá un trabajo interior semejante y será la responsable de la inhibición que le es característica. Agrega los síntomas del cuadro: "el insomnio, la repulsa del alimento y un desfallecimiento, en extremo asombroso psicológicamente, de la pulsión que compele a todos los seres vivos a aferrarse a la vida" (p. 244). En este último punto, Lacan en el *Seminario 10 La Angustia* (2006) desarrolla que, en la melancolía, a diferencia del duelo, no opera el deseo. Falta la función fálica que es la que posibilita aferrarse a la vida y darle un sentido.

Por su parte, Nieves Soria (2017), siguiendo los planteos de Lacan, afirma que en la melancolía (y en la manía), no opera la función simbólica de la castración para elaborar una pérdida, y por lo tanto operaría un goce donde hay prevalencia del objeto *a* como real y falta el velo del amor. Por ello, habría un predominio del odio el cual "es un encarnizamiento con el objeto introyectado en el yo" (p. 44).

Respecto al discurso capitalista, Inés Sotelo (2017) afirma que presenciamos una época que desaloja a los sujetos, perdiéndose el valor de todo aquello que hace lazo e invitando a ser consumidores ilimitados de objetos. La autora afirma que son tiempos en los que la caída del Nombre del Padre conduce a la melancolización, al no lugar para la emergencia de un sujeto en duelo, a un movimiento sin puntos de detención, al consumo permanente e indiscriminado, a la producción de objetos con los que el sujeto establece una relación de acumulación y descarte. Esto es efecto del Discurso Capitalista que, forcluyendo a la castración, impide tramitar la pérdida como falta. Que la pérdida pueda ser tramitada como falta es lo que en la melancolía se vuelve imposible.

A partir de lo expuesto, surge el siguiente interrogante: ¿puede la melancolía ser el reverso de aquello que promueve el discurso capitalista, y de este modo, manifestar los efectos del rechazo a esa lógica? Es decir, se podría pensar que, por un lado, este discurso promueve la inmediatez, el consumo, la productividad y, como reverso, aparecerían los sujetos melancolizados manifestando síntomas tales como la tristeza, la inhibición, la apatía: el reverso de la lógica capitalista. En lugar de sujetos productivos, hay sujetos melancolizados. Es la clínica psicoanalítica el lugar donde se manifiestan aquellos síntomas melancólicos, y en el cual se intentaría posibilitar un lazo que no reproduzca la lógica del consumo indiscriminado.

Si bien la revisión de antecedentes no ha arrojado resultados de investigaciones que hayan trabajado la problemática de esta manera, es preciso situar algunos artículos en los cuales distintos autores han estudiado las categorías de análisis del presente trabajo. Por un lado, Lina Fernanda Buchely Ibarra en "La melancolía y el estado. Reflexiones desde el psicoanálisis aplicado" (2013), desde una perspectiva psicoanalítica, analiza el estudio de la ausencia del Estado como una manifestación inconsciente. La insistencia en demostrar una debilidad/anormalidad en la formación estatal se cataloga como melancólica: un lamento por un objeto del deseo perdido. La autora plantea que insistir en las debilidades del Estado colombiano sólo denota una profunda nostalgia por el estado colonial que amenaza con regresar. A partir de la aplicación de conceptos freudianos sobre la melancolía, el artículo concluye que la dependencia de la colonización paradójicamente es su objeto de deseo perdido.

Por otro lado, Natalia León en “El devenir de la melancolía. Antecedentes para un estudio de la melancolía en psicoanálisis” (2021) realiza una investigación acerca de aquellas elaboraciones que desde la antigüedad pueden encontrarse respecto a la melancolía y sobre la forma particular de su ingreso al conjunto de enfermedades mentales en su relación con la psiquiatría. Concluye el artículo indicando cómo la tensión existente entre melancolía y depresión inciden en la dirección de la cura.

Por último, José Antonio Vergara Costas en “Reflexiones filosóficas y psicoanalíticas en la era del discurso capitalista” (2016) plantea que el discurso capitalista y su “nueva era” marca la desintegración de espacios fundamentales en la estructura social del sujeto. El autor realiza una serie de interrogantes acerca de la actual socialización del sujeto, y la respuesta a estas preguntas obliga al mismo a una amplia reflexión sobre el sujeto y sus implicaciones psicoanalíticas.

Sin embargo, este ensayo hará hincapié en la premisa de que la melancolía estaría atravesada por el discurso capitalista en la clínica psicoanalítica. Por lo tanto, se intentará hallar puntos de encuentros y/o desencuentros entre ambas categorías de análisis que posibiliten pensar el abordaje clínico de la melancolía a partir del establecimiento de un lazo que implicaría ir más allá de la lógica capitalista.

Desarrollo

I. Acerca de la melancolía y su relación con la pérdida

¿De dónde viene ese sol negro? ¿De cuál galaxia insensata sus rayos invisibles y pesados me clavan al suelo, a la cama, al mutismo, a la renuncia?

Julia Kristeva

La melancolía aparece en la obra freudiana en una carta a Fliess en enero de 1895 (el "Manuscrito G"). Allí, Freud detalla un intento de explicación del cuadro. Continuando con lo mencionado en la introducción del presente trabajo, se podría decir que el dolor del melancólico es por haber perdido la libido. Resulta interesante destacar que, desde los inicios, Freud comenzó abordando a la melancolía en relación a la pérdida; esto se retomará más adelante.

En este momento de su enseñanza, Freud se encontraba con la elaboración de "Proyecto de psicología" (1992b), su primera teoría del trauma y sus investigaciones clínicas de las neurosis se centraban en la sexualidad. De este modo, la melancolía aparecía explicada por problemas en la tramitación de ciertas excitaciones sexuales, lo cual resulta importante ya que, desde aquí, la melancolía estaba ligada a las distintas estructuras de la nosografía freudiana (neurosis actuales y neuropsicosis de defensa) pero no era una estructura en sí misma. Esto nos anticipa la problemática del estatuto de la melancolía, que también será retomado posteriormente con los aportes de Lacan y Soria.

En el artículo anteriormente mencionado, el "Manuscrito G" (1992a), y con el fin de elucidar las peculiaridades de los melancólicos, Freud introduce aquí la cuestión de la inhibición, que posteriormente explica en "Duelo y Melancolía" (1993a), donde sostiene que el melancólico está inhibido debido al trabajo interno que está realizando, producto de una pérdida desconocida por la persona melancólica. A diferencia del duelo, se trataría de un trabajo imposible de terminar, haciendo alusión a la metáfora de la "herida abierta" que da lugar a un empobrecimiento yoico. En este sentido, ¿se podría pensar que la inhibición aparecería en la melancolía como respuesta frente a una pérdida y/o un vacío?

Es importante tener presente que, luego de varios años, Freud reabre el tema de la melancolía en dicho texto, con los conceptos de narcisismo y de ideal del yo que había trabajado anteriormente en "Introducción al narcisismo" (1993b), un año previo a la publicación de "Duelo y Melancolía". Estos conceptos le posibilitan abordar la diferencia central entre el duelo y la melancolía, ya que esta última aparecería aquí como una afección narcisista. Además, con la introducción del concepto del "narcisismo", Freud modifica su modelo pulsional. Allí postula la noción de "libido yoica" (o narcisista), la cual inviste libidinalmente al yo, diferenciándola de la "libido de objeto", aquella que inviste libidinalmente a los objetos externos.

Sin embargo, en "Pulsiones y destinos de pulsión", Freud (1993c) detalla que el estudio de ciertas afecciones, llamadas en ese entonces "psiconeurosis narcisistas" (como la melancolía y la esquizofrenia), obligaría a agrupar de otra manera las pulsiones. De este modo, el dualismo pulsional se rompe, ya que el autor no podía explicar las "psiconeurosis narcisistas" si no ubicaba en el "Yo" un componente libidinal. Esta modificación teórica resulta fundamental para comprender la perturbación en el sentimiento de sí que Freud mencionaba respecto de los cuadros melancólicos.

Ahora bien, Freud (1993a) se sirve del duelo para hablar de la melancolía, lo cual nos permitiría pensar que si el autor une ambos conceptos es porque tienen en común,

entre otras cosas, que los dos parten de una pérdida. En el caso del duelo, se trataría de una pérdida consciente, en donde la persona sabe aquello que perdió, a diferencia de la melancolía, en la cual la pérdida es de naturaleza inconsciente. A su vez, es interesante la diferencia que marca el autor respecto del duelo con la melancolía, donde en el caso del primero, es el mundo el que se vuelve pobre y vacío frente a una pérdida, mientras que en la melancolía eso le ocurre al yo mismo, presentando una “rebaja en su sentimiento yoico” (p. 243). Esto es lo que desarrolla en “Introducción al narcisismo” (1993b), el sentimiento de sí, el cual es posible entenderlo gracias a la modificación que realiza el autor en dicho artículo acerca del dualismo pulsional. Lo expresa del siguiente modo:

Una parte del sentimiento de sí es primaria, el residuo del narcisismo infantil; otra parte brota de la omnipotencia corroborada por la experiencia (el cumplimiento del ideal del yo), y una tercera, de la satisfacción de la libido de objeto. (Freud, 1993b, p. 97).

En este caso tomaremos la tercera parte, la satisfacción de la libido de objeto, ya que permite comprender en profundidad el mecanismo que allí opera: Freud (1993a) plantea que en la melancolía hubo una elección de objeto (que luego llamará narcisista), pero la investidura de objeto resultó poco resistente y fue cancelada. La libido libre no se desplaza hacia otro objeto, como en el caso del duelo, sino que se retira sobre el yo, operándose la identificación del yo con el objeto perdido: la sombra del objeto cae sobre el yo. Es decir, para dicho autor, en la melancolía no solo hay pérdida sino también identificación con lo perdido, y se toma al yo como objeto. Dos cuestiones resultan importantes de destacar: por un lado, que la investidura de objeto es poco resistente, de modo que había una elección de objeto, pero también una labilidad en esa relación con el objeto, que rápidamente regresa al estadio del narcisismo y cae sobre el yo. En este sentido, el melancólico en realidad no pierde el amor por el objeto porque se identifica con él; entonces, en ningún momento realiza esa segunda pérdida que sí se llevaría a cabo en el duelo. De esta forma, se mantiene el amor por la vía de la identificación con el objeto, y por ende, no tiene que resignar realmente al objeto, lo que sí ocurre en el duelo.

Ahora bien, ¿qué nos aporta la enseñanza de Lacan al respecto? Este autor realiza una lectura de Freud acerca del duelo, al comienzo, con su trabajo sobre Hamlet en el *Seminario 6 El deseo y su interpretación* (2014), y posteriormente en el *Seminario 10 La Angustia* (2006) con la invención del objeto *a*. En este ensayo tomaremos estos últimos aportes.

En principio, es preciso tener en cuenta que Freud se refiere al duelo como un “trabajo”, es decir, como un proceso que implica desasir, pieza por pieza, aquellas investiduras libidinales que unían al objeto. Por el contrario, Lacan (2006) habla de “función” del duelo, como una operación estructural: “estamos de duelo (...) respecto a quienes no sabíamos que cumplíamos la función de estar en el lugar de su falta” (p. 155). Por ende, lo que se duela, para dicho autor, es la parte del sí mismo que se lleva el objeto perdido, y esto posibilita ubicar la propia falta. Pero ¿qué ocurre en la melancolía?

Lacan (2006) retoma a Freud de “Duelo y Melancolía” y afirma que solo es posible captar la distinción entre ambos conceptos si se comprende la diferencia de función entre, “por una parte, la relación de *a* con *i(a)* en el duelo, y, por otra parte, en el otro ciclo, la referencia radical al *a*” (p. 363). A partir de esta referencia, se podría plantear que lo que posibilita que haya deseo en el duelo, para dicho autor, es que el objeto *a* esté velado, porque lo que media entre el *i* y el *a* es la función de la castración. Por lo cual, en estos casos, se puede vehiculizar la pérdida vía la falta. De esta forma, es posible afirmar que el duelo parte de una pérdida que reedita otra pérdida, estructural, y por eso se articula con una falta. En este sentido, la función del duelo está en relación a restablecer el deseo. No

obstante, ¿qué sucede, por el contrario, cuando la pérdida no puede ser tramitada por la falta?

Siguiendo la enseñanza lacaniana, Nieves Soria (2017) postula que, en la melancolía, en la medida en que no operaría la función fálica (la función simbólica de la castración para elaborar una pérdida) habría una prevalencia del goce, donde el sujeto queda identificado con el objeto como resto. Aquí, tal como mencionamos en la introducción, falta el velo del amor. Asimismo, la autora afirma que la melancolía “es la pasión del odio” (p. 44), y lo vincula a lo que Freud planteaba como “la sombra del objeto cae sobre el yo”, en donde lo que se le dirige al objeto introyectado en su yo es el odio. Esto se vería reflejado en los autoreproches y las autodenigraciones que el sujeto dirige hacia sí mismo, que Freud ya detallaba en uno de sus escritos anteriormente trabajados.

Ahora bien, ¿qué implicaría que en la melancolía no opere la función simbólica de la castración? En “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis” (2009), Lacan afirma:

Es en un accidente de este registro y de lo que en él se cumple, a saber, la preclusión del Nombre del Padre en el lugar del Otro, y en el fracaso de la metáfora paterna donde designamos el efecto que da a la psicosis su condición esencial, con la estructura que lo separa de la neurosis. (Lacan, 2009, p. 556).

Es decir, para dicho autor, lo que distingue la psicosis de la neurosis es la forclusión del Nombre del Padre y el fracaso de la metáfora paterna en el registro simbólico. Asimismo, Lacan (2006) afirma que el único modo por el cual un sujeto puede articular la falta y el deseo es a través del significante Nombre del Padre. Pero ¿es posible pensar que en la melancolía se produce una forclusión del falo como en el caso de la psicosis? En dicho cuadro no hay presencia de fenómenos de retorno del significante del Nombre del Padre en lo real (tales como las perturbaciones en el lenguaje, las alucinaciones, la significación enigmática, etc.), como sucede en la psicosis del tipo esquizofrénico o paranoico. Entonces, ¿cuál es el estatuto de la melancolía? Resulta interesante la posición de Soria (2017), quien plantea que no podemos afirmar que es lo mismo una estructura en la cual el Nombre del Padre está forcluido (ya que implicaría un acto de rechazo y la posibilidad de un retorno), que una estructura en la cual el Nombre del Padre no existe, no se ha realizado ninguna operación ni de admisión ni de rechazo. Esa inexistencia no es forclusión. Es decir que no estaríamos en el terreno de una estructura neurótica, pero tampoco con los efectos del retorno de un significante rechazado. La inexistencia del Nombre del Padre implicaría salir de la lógica binaria neurosis-psicosis, por lo cual, si no existe el Nombre del Padre, tampoco habrá significación fálica. Entonces, no habría posibilidad de inscribir una pérdida en el registro de una falta estructural. De este modo, nos encontramos frente a una nueva clínica, que no es la misma que la de la neurosis ni de la psicosis. Soria (2017) propone, para estos casos, la clínica del superyó.

A partir de lo expuesto, es preciso vincular esta “inexistencia” en lo simbólico con respecto al Nombre del Padre que menciona la autora, con lo que Freud (1992a) describía en sus inicios: “en la melancolía el agujero está en lo psíquico” (p. 246). En este sentido, es posible postular que aquello que desencadenaría una melancolía estaría en relación a una pérdida que no puede ser simbolizada en lo psíquico, debido a una operación de inexistencia del Nombre del Padre. De esta forma, se podría decir que la inhibición junto con la tristeza se presentaría en la melancolía como respuestas del sujeto frente a ese vacío estructural que posee.

Ahora bien, ¿qué vínculo habría entre los desencadenamientos melancólicos y la declinación del Nombre del Padre, producto del discurso capitalista, al cual asistimos en la

actualidad? ¿Cuáles son los efectos que produce? Estas preguntas nos llevan a la apertura del próximo apartado.

II. Efectos subjetivos de la declinación del Nombre del Padre como producto del discurso capitalista

El discurso capitalista (...) marcha demasiado rápido, se consume, se consume tan bien que termina por consumirse.

Jacques Lacan

En tiempos donde nadie escucha a nadie, en tiempos donde todos contra todos, en tiempos egoístas y mezquinos, en tiempos donde siempre estamos solos; habrá que declararse incompetente, en todas las materias de mercado.

Fito Páez

En este segundo apartado se abordarán los efectos subjetivos que se producen a partir de la declinación del Nombre del Padre en el discurso capitalista. Para introducirnos, es preciso situar, en primera instancia, que Lacan en el *Seminario 17 El reverso del psicoanálisis* (2008), dictado entre 1969 y 1970, presenta cuatro discursos (del amo, universitario, histérico y del analista) como maneras de pensar el lazo social (Lacan, s/f). Resulta interesante esto último, ya que, como veremos más adelante, en el caso del discurso capitalista, se producen algunas modificaciones respecto del lazo en contraposición a los otros cuatro discursos. Asimismo, el autor plantea que cada uno es una estructura con lugares, funciones y relaciones: el significante amo (S1), el saber (S2), el objeto (a) y el sujeto dividido (\$) (Lacan, 2008). En ellos, funciona como rector el discurso del amo respecto del resto de los discursos, y estos se producen por rotaciones o giros en torno a dicho discurso (Dipaola y Lutereau, 2015). En 1972, en una conferencia en Milán, Lacan presenta el discurso capitalista como quinto discurso. En el presente ensayo haremos hincapié sobre este último.

No obstante, es necesario tener presente el momento de la enseñanza en la que se encontraba Lacan. En este sentido, Miller (2014) afirma que se trataría de la tercera fase del período simbólico, basada en una referencia a la estructura lógica. Esta fase da justamente la construcción de los cuatro discursos mencionados anteriormente. A su vez, dicha construcción lógica lleva a Lacan a utilizar la lógica cuantificada con la finalidad de dar cuenta de “la diferencia de los sexos en su relación con el goce” (p. 207).

Ahora bien ¿a qué nos referimos cuando hablamos de discurso? En primer lugar, es preciso tener en cuenta que hay diversas definiciones respecto de este término en la obra de Lacan. En principio, tomaremos la que propone en su conferencia en Milán: “es lo que en el ordenamiento de lo que se produce por la existencia del lenguaje, hace función de lazo social” (Lacan, s/f, p. 12). Es decir, ese orden tiene como condición la existencia del lenguaje. En este punto, es interesante la relación que retoma la psicoanalista Ana Santillán (2025) respecto del lazo social, a partir de esta definición: “llamamos lazo social a la manera como se regula cualquier sujeto con el lenguaje y con el goce” (Comunicación 19 de junio 2025). En este caso, el goce es la parte del lazo social que no está regulada por el lenguaje, es decir, por el orden del discurso. Esto se retomará más adelante.

Por su parte, siguiendo la enseñanza lacaniana, Dipaola y Lutereau (2015) explican:

Un discurso es un dispositivo de enunciación en función de cuatro lugares: el agente, la verdad, el trabajo y la producción. El agente motoriza el discurso; el lugar del trabajo (también llamado “Otro”) es hacia donde se dirige el discurso, y lleva adelante la producción (también llamada “plus de goce”). La verdad (...) es lo que queda oculto, pero determina el discurso. Entre las tres primeras localizaciones se establece un sentido direccional; en cambio, el lugar de la verdad afecta tanto al agente como al Otro (sin que ninguno de los otros lugares lo afecte). (Dipaola y Lutereau, 2015, p.8).

En el caso del discurso capitalista, se observaría que se producen ciertas modificaciones: en primer lugar, hay un intercambio de lugar entre el significante amo (S1) y el sujeto (\$). En segundo lugar, en cuanto a los vectores, no aparece la relación entre el agente y el Otro; y la verdad, término que en los otros discursos quedaba fuera de circuito, en este caso, se encuentra regida por el sujeto. Por último, se observa que en el discurso capitalista hay una relación directa con el objeto de la satisfacción, por lo cual, el lazo social queda excluido (Dipaola y Lutereau, 2015). Es decir, el sujeto capitalista no está en relación con otro (sujeto), sino con objetos plus de goce (ya no se trata aquí del objeto a, sino que son una mera envoltura que cae todo el tiempo, los “gadgets”, como diría Lacan). Esto nos permite comprender que, en realidad, este discurso no es igual que los demás. No se trataría exactamente de un discurso, ya que no responde a la estructura de los cuatro lugares con tres flechas y la doble barra debajo, que marca la impotencia de cada discurso en relación con la imposibilidad que lo habita (Soria, 2017). Asimismo, este discurso excluye la castración como límite al goce, debido a que el consumo implica un “empuje a gozar”, a expensas de cualquier regulación. De este modo, el mercado propone una cantidad de objetos como aquellos que vendrían a colmar esa carencia de ser del sujeto consumidor. Los medicamentos, por ejemplo, como producto de la industria farmacológica, podrían ser una respuesta proveniente de este discurso, que, en muchos casos, funcionarían como tapón de ese vacío estructural que poseen los sujetos. En este sentido, Dipaola y Lutereau (2015) afirman: “si cada discurso, en definitiva, era un modo de ‘dar tratamiento’ al goce, el modo de ruptura del lazo en que desemboca la sociedad capitalista confronta con un goce desregulado” (p.8).

Ahora bien, Soria en “Síntomas del Discurso Capitalista” (2019) indica que “el giro capitalista del discurso del amo se produce a partir de la caída del S1 debajo de la barra izquierda, formalizándose así una escritura de la caída del Nombre del Padre” (p. 822). Sin embargo, cabe interrogarse: ¿a qué nos referimos cuando hablamos de la caída del Nombre del Padre? En *El inconsciente es la política*, Santillán (2024) responde: “a que el orden simbólico deja de ser lo que era” (p. 47). Por lo cual, se podría plantear que en este discurso hay una pérdida en la función de la autoridad, que impacta directamente sobre el sujeto: produce efectos en diversas áreas; uno de ellos, el lazo social, tal como lo mencionamos anteriormente, el cual se torna “lábil, poco firme, quebradizo o espumoso” (Soria, 2019, p. 822). Precisamente, por la pérdida de vigencia del orden simbólico, Soria (2019) menciona que aparecerían efectos en el campo de la sexuación, expresados en una insuficiente diferenciación de los goces. Por lo cual, tanto el campo del sentido, como el del goce fálico y el goce Otro, se desvanecen. Esto se produce por la ausencia de orientación que cumplía el Nombre del Padre en el lugar del agente (representado en el S1), que conduciría a una ausencia de referencia como punto de partida respecto del cual se realizaría una transformación del cuerpo biológico a un cuerpo sexuado. Es a raíz de ello que surgen una diversidad de sexos autonominados, que se circulan en una lógica que no finaliza de nombrar y anudar (Soria, 2019).

Asimismo, esta desaparición de lo simbólico produce efectos también en el campo de las identificaciones: el sujeto se encuentra desorientado, con identificaciones lábiles y erráticas. Los síntomas consecuentes son “la errancia y la deslocalización, que suelen manifestarse del lado de la angustia permanente en algunos casos, en otros como crisis de angustia” (Soria, 2019, p. 822). Esto también tiene un impacto en la clínica, donde el sufrimiento de no poder encontrar un lugar en el otro, tampoco posibilita tramitar aquello que se perdió (Sotelo, 2017).

Por su parte, Han (2012) plantea que la sociedad del siglo XXI ya no es disciplinada, sino que es una sociedad del rendimiento, caracterizada por el verbo positivo “poder”, sin límites. En este sentido, sus habitantes son “sujetos de rendimiento” (p. 24), los cuales reemplazan la prohibición, el mandato y la ley por un aumento de autoexigencia de rendimiento. Así, el autor sostiene que “el agotamiento, la fatiga y la asfixia” (Han, 2012, p. 19) son síntomas frente a una sobreabundancia de producción y crecimiento de esta sociedad capitalista.

A partir de lo expuesto, cabe considerar: ¿qué otro modo de lazo es posible en un análisis si este se encuentra coartado por el discurso capitalista? ¿Qué propone el psicoanálisis como modo de abordaje de esos malestares que aparecen en la clínica actual? Pensamos al psicoanálisis como una salida del discurso capitalista, y también, como una respuesta a la declinación del Nombre del Padre. Se trata de un trabajo singular, producto de un encuentro amoroso: la transferencia analítica. Esta opera en la clínica: el lugar de cruce entre la melancolía y el discurso capitalista. Allí se intentará posibilitar otro lazo a través de la ética, el deseo del analista, que se presentaría como el límite al goce, y que, a su vez, permitiría el despliegue del relato del analizante. Esto nos conduce a la apertura del último apartado del presente ensayo.

III. El cruce de la melancolía y el discurso capitalista en la clínica psicoanalítica: la transferencia analítica como salida posible

Solo el amor permite al goce condescender al deseo.

Jacques Lacan

Para comenzar este último apartado, en primera instancia, es preciso interrogar a qué llamamos “clínica psicoanalítica”. Si bien esta pregunta tiene distintas respuestas, en el presente ensayo haremos hincapié en la que propone Lacan (2007) en “Apertura de la Sección Clínica” en 1977. Lo expresa del siguiente modo: “es lo que se dice en un psicoanálisis” (p. 4). A partir de esta definición, podemos considerar que se trata de un decir que es importante situarlo en un lugar. De este modo, pensamos que la clínica psicoanalítica se configura como un espacio privilegiado donde se despliegan los modos singulares de sufrimiento de las personas y los malestares de época, a partir del funcionamiento de la transferencia analítica, concepto que retomaremos más adelante. A su vez, como anticipamos hacia el final del segundo apartado, lo consideramos como el punto de cruce de la melancolía y del discurso capitalista.

Ahora bien, ¿de qué modo podemos pensar ese cruce? En este caso, creemos que implicaría situar cómo cada uno de ellos se vincula con la falta. Ambos, aunque por motivos diferentes, coinciden en una dificultad para tramitar la pérdida como falta, por lo cual el modo de elaboración simbólica se torna imposible. En la melancolía, el sujeto queda atrapado en un goce mortífero que devora al yo al identificarse con lo perdido. Por el contrario, en el discurso capitalista percibimos que el goce se desplaza metonímicamente hacia otros objetos, invitando al sujeto a ser consumidor ilimitado y promoviéndole determinados imperativos de rendimientos. En este sentido, Lacan (s/f) dirá que dicho discurso forcluye a la castración.

Desde la lógica capitalista, observamos que el mercado ofrece una diversidad de antidepresivos como respuesta inmediata y también como un modo de tratamiento de la melancolía (nombrada para este discurso como “depresión”): se busca que estos medicamentos actúen sobre los sujetos de forma rápida, fácil y sin mayor esfuerzo. Hay, desde esta perspectiva, un empuje constante hacia un ideal de productividad que no posibilita detenerse a reparar sobre aquello que provoca el sufrimiento, por el contrario, al dolor hay que anestesiarlo. De esta forma, creemos que esta lógica rechaza al dolor, lo expulsa, como así también cualquier posibilidad de tramitación de pérdida. En este sentido, Lacan (s/f) dirá que el capitalismo rechaza las cosas del amor, por lo cual, podríamos agregar que, si se rechaza el amor, lo que triunfa es el odio y la crueldad hacia el prójimo (Quiroga, 2025).

Teniendo en cuenta este planteo, es pertinente retomar la problemática desarrollada en la introducción de este trabajo para considerar: ¿no es acaso posible pensar a la melancolía como una respuesta subjetiva y singular de limitar el empuje al goce al que conduce el discurso capitalista? ¿No es esta una forma posible de frenar y/o rechazar ese circuito imparale que propone esta lógica bajo los efectos de sus síntomas? Sin embargo, es pertinente considerar que tanto la tristeza como la inhibición también serían respuestas e intentos fallidos de los sujetos melancolizados, que demostrarían su dificultad para progresar a otras formas posibles de tramitación de la falta.

Frente a esta problemática, el psicoanálisis como praxis que Lacan (2006) llamará “erotología” (p. 23), no buscará eliminar el dolor, sino más bien su tratamiento. El psicoanálisis invita a realizar un trabajo de implicación subjetiva respecto del malestar que

aqueja al sujeto. Es a través del funcionamiento de la transferencia analítica y del lazo amoroso que allí se suscitan, que pensamos el abordaje de nuestra problemática. Ahora bien, para responder a la premisa de este ensayo, deberemos considerar la transferencia, sus elementos y la función del analista.

En principio, es necesario destacar que la transferencia es un concepto fundamental en psicoanálisis que aparece desde los inicios en la obra de Freud y su sentido ha ido variando según el momento de enseñanza del autor. Posteriormente, Lacan retoma este término y lo trabaja a lo largo de toda su obra. El interés de este ensayo no es indagar acerca de la variación de este concepto a lo largo del tiempo, sino que se hará hincapié en pensar a la transferencia como un fenómeno que se articula al deseo (Lacan, 2015).

A la altura del *Seminario 11 Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Lacan (2015) describe a la transferencia como “un fenómeno que incluye juntos al sujeto y al psicoanalista” (p. 239). Esta definición nos ayuda a comprender que entre ambos se establece un lazo que se constituye en la escena analítica. Es por esto que la transferencia es una condición necesaria de la cura, pero para Lacan (2015), por sí misma no basta, requiere de la presencia del analista en tanto ocupa un lugar específico referido a su función. En este sentido, dicho autor articula el concepto de transferencia con el de “Sujeto Supuesto Saber”. Según este planteo, la transferencia consiste en la atribución de saber al Otro, en la suposición de que el Otro es un sujeto que sabe. En palabras del autor: “en cuanto hay, en algún lugar, el sujeto que se supone saber (...) hay transferencia” (Lacan, 2015, p. 240). El analista debe ocupar ese lugar en la medida en que se hace pasar por objeto de la transferencia (Lacan, 2015), lo cual implicaría no responder a su demanda sino que, por el contrario, pueda lograr que su deseo “siga siendo una X” (p. 282). Para este autor, al presentar al analizante un deseo enigmático, el analista ocuparía la posición del Otro (Lacan, 2015).

Ahora bien, teniendo en cuenta que para Lacan la transferencia implica depositar un saber en el Otro, función que al comienzo es encarnada por el analista, para que esto suceda, es preciso que el analizado tenga constituido ese lugar. Sin embargo, ¿qué sucede en la melancolía? Freud en “Introducción al narcisismo” (1993b) ya nos anticipaba que la libido vuelta al yo en estos casos no posibilitaría investir a los objetos, por lo cual cambia el lazo con el mundo exterior y también con el analista. Por consiguiente, si continuamos con este planteo, ¿es posible pensar que el melancólico es alguien que podría armar transferencia al modo en que lo plantea Lacan? ¿Cuál es, entonces, el estatuto del Otro en la melancolía? Si bien consideramos que no hay una respuesta unívoca a estos interrogantes, desde nuestra perspectiva, podríamos plantear que, en estos cuadros, ese Otro es un Otro que pierde consistencia debido a su carencia simbólica, por lo tanto, no habría posibilidad de sostenerlo como garante, como lugar de saber. De esta manera, la transferencia que dirige la cura bajo esta suposición se vería obstaculizada. No obstante, desde nuestro punto de vista, consideramos que la transferencia en la melancolía podría efectuarse a través del deseo del analista y de la introducción de la “función de corte”.

En este sentido, en el *Seminario 10 La angustia* (2006), Lacan plantea que el analista es quien debe introducir dicha función. De este modo, explica: “el factor decisivo del progreso de la cura está relacionado con la introducción de la función del corte” (Lacan, 2006, p. 158). A partir de esta referencia, podríamos agregar que este corte posibilitaría que algo del goce en la melancolía quede acotado por la vía del deseo, y de esta forma, habilitaría al sujeto a posicionarse de otra manera respecto del mismo. Sin embargo, dicho corte se llevaría a cabo en la medida en que algo de la castración esté operando. En el tratamiento de la melancolía, lo situamos a través del deseo del analista, es decir, como un efecto de dicho deseo y de su intervención en la cura: con silencios, puntuaciones, interpretaciones, interrupción de la sesión, gestos. Dicho deseo, a su vez, Lacan expresa que implica una posición ética. En el *Seminario 7 La ética del psicoanálisis* (1990) el autor

sostiene que “lo que el analista tiene para dar (...) no es más que su deseo” (p.358). Por ello, “si hay una ética del psicoanálisis (...) es en la medida en que, de alguna manera (...) el análisis aporta algo que se plantea como medida de nuestra acción” (p.370).

A modo de cierre, es preciso considerar que, si bien todos estamos atravesados por el discurso capitalista y sus respectivas consecuencias e implicaciones sociales, sin embargo, el modo de respuesta melancólica es singular y estará atravesada por la propia historia de cada persona. También resulta importante aclarar, que, aunque creemos que el abordaje clínico de la melancolía podría efectuarse a través del deseo del analista, la complejidad del cuadro requiere pensar en otros tratamientos alternativos. En este punto, Soria (2017) plantea algunas soluciones, recursos o suplencias de esa “inexistencia” en lo simbólico, que podrían ser el arte, la escritura o el humor. En cuanto al arte y al humor, expresa lo siguiente:

El sujeto melancólico suele contar con la posibilidad de sublimación (...) El sujeto tan directamente ligado a la nada, al agujero, tiene la posibilidad de hacer surgir algo nuevo de eso; entonces encontramos muchas veces el recurso del arte (...) ya que la sublimación implica una satisfacción plena de la pulsión, pero no sexual - ahí donde lo sexual en lo humano está atravesado por la función de la castración. Quienes no cuentan con ella deben lograr la satisfacción de la pulsión por una vía no sexual, es allí donde logra brillar el sujeto. También funciona de esa manera el humor, que es una indicación clínica fundamental en estos casos, la intervención analítica en la vía del humor. (Soria, 2017, pp. 154-155).

Respecto a la escritura, la autora sostiene que es “un tratamiento de la pulsión de muerte” (Soria, 2017, p. 220), y plantea la importancia de la “presencia viva del analista” (p. 221) para estos casos, con todo el sostén imaginario que implica. Desde nuestra perspectiva, consideramos que se trataría de poder acompañar a los sujetos en la posibilidad de reinscribir, de algún modo, esa pérdida que habilite una posición deseante.

Reflexiones finales

El presente trabajo abordó la relación entre la melancolía y el discurso capitalista teniendo como horizonte la clínica psicoanalítica. A partir de una pregunta que considera si la melancolía puede ser el reverso de lo que promueve el discurso capitalista, el TIF desarrolló los efectos del rechazo a esa lógica. Para abordar dicha problemática, se indagó acerca de la melancolía en los inicios de la obra freudiana, y a partir de allí, con los aportes sobre los conceptos del narcisismo, del ideal del yo y de su modelo pulsional, pudimos advertir que en el Yo había un componente libidinal y también una dificultad para investir libidinalmente a los objetos. Esto permitió comprender, en primer lugar, los síntomas de la melancolía, tales como la inhibición, la perturbación en el sentimiento de sí, el retraimiento del mundo exterior, el insomnio, el rechazo al alimento, la tristeza, entre otros. En segundo lugar, el aporte de estos conceptos, sumado al estudio del duelo que llevó a cabo Freud, nos ayudó a discernir que el mecanismo que operaba en la melancolía era muy distinto al del duelo: hallamos que en la melancolía se produce una identificación del Yo con el objeto perdido (a partir de una elección de objeto narcisista), y que se toma al Yo como objeto. Con esto, se aseveró que el melancólico mantiene el amor con el objeto perdido por medio de la identificación, y por ende, no resigna realmente al objeto, lo que sí sucede en el duelo. En este punto, pudimos advertir que Freud sitúa desde sus inicios que en la melancolía no solo hay pérdida, sino también identificación con lo perdido, lo cual resulta un aporte fundamental para comprender dicha problemática.

Posteriormente, la enseñanza de Lacan, con su invención del objeto a, nos condujo a pensar a la melancolía de un modo diferente al freudiano, gracias a su aporte sobre la función del objeto a, causa de deseo, y su relación con el goce. Para ello, comenzamos distinguiendo entre, por un lado, el “trabajo del duelo” que propuso Freud como un proceso y, por el otro, lo que Lacan sostuvo sobre la “función del duelo” como una operación estructural. A partir de esta distinción, se pudo advertir que, para este último autor, lo que posibilita que haya deseo en el duelo, es que el objeto a está velado, debido a que lo que media entre la imagen y el objeto es la función de la castración. Por lo cual, en estos casos, se puede vehiculizar la pérdida vía la falta, posibilitando de esta forma el restablecimiento del deseo. Por el contrario, hallamos que en la melancolía la pérdida no puede ser tramitada a través de la falta. En este sentido, indicamos que se produce una identificación radical al objeto a, el cual no se encuentra velado por la función simbólica de la castración. En este punto, nos servimos de los aportes de Soria, quien nos permitió comprender que en la melancolía habría una prevalencia del goce, donde el sujeto, al no contar con el velo del amor, dirige hacia sí mismo el odio. Esto se ve reflejado en los autorreproches y las autodenigraciones frecuentes en las melancolías, lo cual Freud explicaba en *Duelo y Melancolía* (1993a) a través de aquella bipartición psíquica del yo. Cabe aclarar que la consideración sobre la “instancia crítica” que el autor trabaja en el texto anteriormente mencionado, que posteriormente lo retoma en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1992), y que condujo a la hipótesis del superyó en *El yo y el ello* (1992) y a una nueva evaluación del sentimiento de culpa, quedó por fuera del presente desarrollo y puede ser fuente de futuras investigaciones.

Por otro lado, nos interrogamos sobre la implicancia de la no operación de la función simbólica de la castración en la melancolía. Esta pregunta, a su vez, nos condujo a la problemática del estatuto de la melancolía, la cual ya se presentaba en Freud, quien vinculaba la melancolía a las distintas estructuras de su nosografía (neurosis actuales y neuropsicosis de defensa) pero no aparecía como una estructura en sí misma. Ahora bien, con los aportes lacanianos, en principio pudimos esclarecer que lo que distingue una neurosis de una psicosis es la forclusión del Nombre del Padre y el fracaso de la metáfora paterna. A su vez, este autor permitió situar al significante Nombre del Padre como el único

modo por el cual un sujeto puede articular la falta y el deseo. Sin embargo, advertimos que en la melancolía no se encuentran fenómenos de retorno de dicho significante en lo real (como los delirios, las alucinaciones, la perturbación del lenguaje), como ocurre en el caso de las psicosis ordinarias. En este punto, los aportes de Soria resultaron novedosos, ya que posibilitó conjeturar que se trataría de una operatoria de “inexistencia” del Nombre del Padre, es decir, que en estos casos, no se habría realizado una operación de admisión o de rechazo de dicho significante. Esto nos condujo a considerar que, si no existe el Nombre del Padre, tampoco habría significación fálica, por lo cual no habría posibilidad de inscribir una pérdida en el registro de una falta estructural. Este planteo permitió situar a la clínica por fuera de la lógica binaria neurosis-psicosis. Si bien el interrogante referido al estatuto de la melancolía se sostiene, los aportes de Soria nos permitieron esbozar un acercamiento posible a dicha problemática, que condujo a considerar la posibilidad de ubicarla como una estructura por fuera de las clásicas.

A partir de esto, se aseveró que aquello que desencadenaría una melancolía estaría en relación a una pérdida que no puede ser simbolizada en lo psíquico, debido a una operación de inexistencia del Nombre del Padre. En este punto, hallamos un vínculo con lo que Freud mencionaba respecto a la melancolía, esto es, que allí hay un agujero en lo psíquico, lo cual nos condujo a reflexionar sobre esa carencia simbólica en la melancolía y su relación con el deseo.

Esto nos llevó a plantear dos interrogantes: por un lado, sobre la posibilidad de pensar un vínculo entre los desencadenamientos melancólicos y la declinación del Nombre del Padre como producto del discurso capitalista al cual asistimos en la actualidad, y por el otro, sobre los efectos subjetivos que produce dicha declinación. Para responder a estos interrogantes, comenzamos situando al discurso capitalista como quinto discurso respecto de los otros cuatro (del amo, de la histérica, universitario y del analista), los cuales son presentados como modos de lazos social. Los aportes de Lacan en sus últimos años de enseñanza nos posibilitaron comprender que estos discursos se producen a partir de giros o rotaciones en torno al discurso del amo, el cual funciona como rector. A partir de esto, se advirtió que, por un lado, el sujeto capitalista no está en relación con otro sujeto, sino con objetos plus de goce, dejando excluido el lazo social. De este modo, se aseveró que este discurso excluye la castración como límite al goce, ya que el consumo implica un “empuje a gozar”, a expensas de cualquier regulación, y no aparece aquí el deseo acotando al goce. En este sentido, se indagó en los aportes de Dipaola y Lutereau, donde hallamos que el modo de ruptura del lazo en que desemboca la sociedad capitalista nos confronta con un goce desregulado.

Por otro lado, a partir de los aportes de Soria, pudimos situar que el giro capitalista del discurso del amo se produce con el intercambio de lugar entre el significante amo (S1) y el sujeto (\$), formalizándose de este modo la caída del Nombre del Padre. Esto nos posibilitó comprender que en este discurso hay una pérdida de vigencia del orden simbólico y de la función de la autoridad, que produce diversos efectos sobre el sujeto: en primer lugar, hay un impacto en el lazo social; en segundo lugar, situamos consecuencias en el campo de la sexuación; en tercer lugar, en el área de las identificaciones; y, en cuarto lugar, también se producen efectos en la clínica. De esta manera, respecto al primer interrogante, advertimos que la sociedad capitalista favorece condiciones de fragilidad subjetiva que pueden conducir hacia los desencadenamientos melancólicos.

A partir de esto, nos interrogamos por otros modos de lazos posibles en un análisis allí donde el mismo se encuentra coartado por el discurso capitalista. Esto nos condujo a ubicar a la clínica psicoanalítica como aquel lugar donde se propiciaría el lazo transferencial, el cual implica una lógica diferente a la del consumo indiscriminado. Asimismo, situamos en este espacio el punto de cruce entre la melancolía y el discurso capitalista. De esta manera, hallamos en ambos una dificultad para tramitar la pérdida como

falta. El desencuentro entre ambas categorías de análisis surge cuando el discurso capitalista empuja a la ilusión de colmar dicha falta, promoviendo el consumo y la venta de antidepresivos, presentados en la época actual como modos de tratamientos de la melancolía, nombrada como “depresión”, pero que en realidad su finalidad radica en conducir a estos sujetos a ese circuito imparable de productividad. El sujeto melancólico responde a este discurso, o bien rechazando su lógica, o bien al modo defensivo, a través de sus síntomas (como la inhibición y la tristeza). No obstante, en el presente desarrollo se consideró que estas respuestas provenientes de los sujetos melancolizados son también modos fallidos que demostrarían su dificultad para progresar a otras formas posibles de tramitación de su falta. Por lo cual, si bien se sostiene la premisa de este ensayo que postula que la melancolía aparece atravesada por el discurso capitalista en la clínica psicoanalítica, sin embargo, es preciso considerar que el modo de respuesta melancólica es singular, y por lo tanto, estará atravesada por la propia historia de cada sujeto.

A partir de esto, planteamos al psicoanálisis como una praxis vinculada al deseo, y también lo situamos como una respuesta y una salida al discurso capitalista y a la declinación del Nombre del Padre. De esta forma, se propuso a la transferencia analítica como un concepto fundamental del psicoanálisis que posibilitaría llevar a cabo el abordaje clínico de la melancolía. Sin embargo, a partir de los aportes lacanianos sobre la transferencia y su articulación al concepto de “Sujeto Supuesto Saber”, aseveramos que dirección de la cura que se dirige bajo esa modalidad lacaniana, se vería obstaculizada en la melancolía, ya que implicaría situar en el Otro un saber (función que es encarnada por el analista). Esto nos condujo a interrogarnos sobre el estatuto del Otro que opera en estos casos. Si bien este interrogante se sostiene, indicamos que en la melancolía se trataría de un Otro que pierde consistencia, debido a su carencia simbólica, por lo que no habría posibilidad de sostenerlo como garante, como lugar de saber.

Esta problemática nos llevó a indagar sobre otros modos alternativos de abordaje. En este sentido, situamos los aportes de Soria, quien propone recursos, suplencias o soluciones a esa “inexistencia” en lo simbólico, tales como el arte, la escritura o el humor, como indicaciones terapéuticas efectivas. Desde nuestra perspectiva, ubicamos otro modo de abordaje, el cual podría efectuarse a través del deseo del analista, del ejercicio de su ética (con silencios, puntuaciones, interpretaciones, interrupción de la sesión, gestos) y también a partir de la introducción de la “función de corte” (como indicó Lacan en el *Seminario 10*). Así, advertimos que dicho corte posibilitaría que algo del goce en la melancolía quede acotado por la vía del deseo. Para finalizar, consideramos que en estos casos se trataría de poder acompañar a los sujetos en la posibilidad de reinscribir, de algún modo, esa pérdida que habilite una posición deseante. Sin embargo, por todo lo expuesto, resulta necesario dejar abierta la posibilidad de indagación acerca de otros modos alternativos de abordaje del cuadro clínico de la melancolía.

Referencias bibliográficas

- Buchely Ibarra, L. F. (2013). La melancolía y el estado. Reflexiones desde el psicoanálisis aplicado. *Revista de Estudios Sociales N°46*, 134-144. Recuperado de: <http://dx.doi.org/10.7440/res46.2013.13>
- Dipaola, E. Lutereau, L. (2015). El discurso capitalista y el goce de lo que se consume: Lacan y la cultura contemporánea. *Revista Diferencia(s)*, 19 – 39. Recuperado de: <http://www.revista.diferencias.com.ar/index.php/diferencias/article/view/8/3>
- Freud, S (1992a). Manuscrito G. Melancolía. En *Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud, Volumen I (1886-99)* (pp. 239 – 246). Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1992b). Proyecto de psicología. En *Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud, Volumen I (1886-99)* (pp. 323 – 446). Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1993a). Duelo y melancolía. En *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras, Volumen XIV (1914 – 16)* (pp. 235 – 256). Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1993b). Introducción al narcisismo. En *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras, Volumen XIV (1914 – 16)* (pp. 65 - 98). Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1993c). Pulsiones y destinos de pulsión. En *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras, Volumen XIV (1914 – 16)* (105- 134). Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Han, B-C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder editorial.
- Miller, J-A. (2014). Periodos en la enseñanza en Lacan. En *El últimísimo Lacan* (pp. 197 – 215). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1990). *Seminario 7 “La ética del psicoanálisis”*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2006). *Seminario 10 “La angustia”*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2007). Apertura de la sección clínica. Recuperado de: https://ecole-lacanienne.net/wp-content/uploads/2016/04/ouverture_de_la_section_clinique.pdf
- Lacan, J. (2008). *Seminario 17 “El reverso del psicoanálisis”*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2009). De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis. En *Escritos 2* (pp. 509 – 557). México: Siglo XXI editores.
- Lacan, J. (2014). *Seminario 6 “El deseo y su interpretación”*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2015). *Seminario 11 “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (s.f). Del discurso psicoanalítico. Conferencia en Milán (1972). Recuperado de: http://letrahora.com/wp-content/uploads/2022/11/Conferencia_en_Milan.pdf
- León, N. (2021). El devenir de la melancolía. Antecedentes para un estudio de la melancolía en psicoanálisis. En *XIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVIII Jornadas de Investigación. XVII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. III Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. III Encuentro de Musicoterapia*, 460 – 464. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Recuperado de: <https://www.aacademica.org/000-012/509>
- Quiroga, J. M. (2025). La cultura del dolor, por Juan Manuel Quiroga. En *Pulpo Revista*. Recuperado de: <https://revistapulpo.com/2025/07/23/la-cultura-del-dolor-por-juan-manuel-quiroga/>
- Santillán, A. (2024). Lacan y Balzac: El reverso de la vida contemporánea. En AA. VV., *El inconsciente en la política* (pp. 33 – 50). Buenos Aires: RSI ediciones.

- Santillán, A. (Comunicación 19 de junio 2025). "Hechos de discurso" [Transmisión en vivo]. Curso Anual en Colegio de Estudios Analíticos. Buenos Aires, Argentina.
- Soria, N. (2017). *Duelo, melancolía y manía en la práctica clínica*. Buenos Aires: Del Bucle.
- Soria, N. (2019). "Síntomas del Discurso Capitalista". En *XI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVI Jornadas de Investigación. XV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. Encuentro de Musicoterapia*, 821 – 824. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Recuperado de: <https://www.aacademica.org/000-111/517>
- Sotelo, I. (2017). Prólogo. En N. Soria, *Duelo, melancolía y manía en la práctica clínica* (pp. 7 - 10). Buenos Aires: Del Bucle.
- Vergara Costas, J. A. (2016). Reflexiones filosóficas y psicoanalíticas en la era del discurso capitalista". *Revista Análisis vol. 49, N° 90*, 161-181. Recuperado de: <https://doi.org/10.15332/s0120-8454.2017.0090.07>